

AYMES, Jean-René, *La guerra de España contra la Revolución francesa (1793-1795)*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1991, 513 págs.

Autor, entre otros trabajos, de una excelente síntesis sobre la guerra de la Independencia¹, buen conocedor de la España de finales del XVIII y comienzos del XIX, especialmente en lo tocante a las relaciones con Francia, Jean René Aymes se remonta en esta ocasión tres lustros atrás para ofrecernos un amplio panorama de la primera guerra hispano-francesa en esa fase crucial de la historia europea, guerra que con razón ha sido considerada antecedente y prefiguración de aquélla. Estamos, en el umbral de la contemporaneidad, ante una contienda muy diferente de las guerras tradicionales entre monarquías patrimoniales; pese al arcaísmo de la organización militar por parte española y a la índole estrictamente dinástica del motivo desencadenante (parentesco de Carlos IV con el infortunado Luis XVI), lo que sucedió en los confines pirenaicos durante el bienio 1793-1795 no fue un enfrentamiento a la vieja usanza entre dos ejércitos: fue también una guerra entre dos concepciones del mundo. De un lado, la República revolucionaria; de otro, la Monarquía tradicional: ¿cabían dos maneras más encontradas de concebir la sociedad y la política? De ahí que, con buen criterio, el autor haya dado gran importancia a los aspectos propagandísticos, al choque de los argumentos —no sólo de las armas—, y a las formas de implicación y participación popular.

Así, proyectando una nueva mirada sobre una vieja cuestión (para la que contamos con una bibliografía ciertamente abundante, pero casi siempre atenta a aspectos parciales y escasamente integrada²), el profesor Aymes no se limita a clarificar y sistematizar lo ya sabido: propone nuevas preguntas para, con su habitual buen hacer, llegar a formular respuestas no menos novedosas que ponen al día nuestros conocimientos sobre ese primer choque entre España y la revolución. La variedad de fuentes utilizadas en esta investigación (bibliográficas, hemerográficas y fuentes primarias de los más importantes archivos de Madrid y de París: correspondencia política oficial, informes de los embajadores, cónsules y jefes militares, actas del Comité de Salud Pública, publicística, cartas particulares, etc.) permiten a su autor aportar todo un caudal de datos y perspectivas que cubren satisfactoriamente una gran diversidad de aspectos (políticos, diplomáticos, militares, económicos, regionales y culturales).

J. R. Aymes forma parte de ese puñado de hispanistas extranjeros, sobre todo franceses, que tanto han contribuido —y siguen contribuyendo— a elucidar im-

¹ AYMES, Jean René, *La guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Madrid, Siglo XXI de España, 1975 (3.^a edic. corregida, 1986).

² La síntesis más valiosa y actualizada sobre la guerra de la Convención disponible antes de la aparición del libro que comentamos es la efectuada por Carlos Seco en el tomo XXXI, vol. II, pp. 507-562 de la *Historia de España* fundada por R. Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.

portantes segmentos de nuestra historia cultural y política contemporánea³. Varios de estos hispanistas vienen realizando muy estimables estudios de síntesis de alcance similar al que nos ocupa, una modalidad historiográfica —a medio camino entre la historia general y la monografía— bastante desatendida por los historiadores españoles.

La obra se nos presenta bien estructurada en media docena de apartados de extensión variable: 1) antecedentes, 2) campañas militares, 3) análisis de los principales actores, 4) particularismos regionales, 5) estudio de la opinión y 6) consecuencias del conflicto. En proporción inversa a nuestro nivel de conocimiento previo sobre cada asunto (contando siempre, eso sí, con el límite de la riqueza de las fuentes para dilucidar cada uno de los aspectos considerados), el autor reduce el espacio dedicado al relato de los hechos de armas (que, desde el pionero libro del marqués de Marillac hasta los 5 volúmenes editados por el Servicio Histórico Militar, contaba ya con amplia documentación) y movimientos diplomáticos (las vacilaciones de la política exterior española en esos años y los virajes en la política de alianzas bajo la batuta de tres personajes clave —Floridablanca, Aranda, Godoy— ha sido uno de los temas favoritos de la historiografía política), concentrando su atención en aspectos habitualmente poco tratados, como las imágenes mutuas que cada país tenía del otro («Las miradas cruzadas»), los franceses residentes en España durante el conflicto, los guerrilleros, prisioneros y desertores de ambos lados, la reacción popular, la opinión pública y el combate ideológico.

En este último punto reside buena parte de la originalidad del libro. Si se nos permite el juego de palabras diríamos que las tropas de la Convención constituían un ejército muy poco convencional, en la medida que, además de vencer, pretendían convencer a sus adversarios. Esta circunstancia obliga a los que se les oponen a recurrir también a las armas de la persuasión política. Quizá no se haya reparado lo suficiente en el hecho de que en esta guerra tiene lugar la primera campaña propagandística amplia de carácter ideológico en la historia de España, una campaña impulsada por el gobierno, contando con la colaboración eclesiástica (sermones, exhortaciones, cartas pastorales), para movilizar a los españoles y contrarrestar la labor de agitación de los revolucionarios galos. Campaña que, independientemente del éxito de sus objetivos concretos, opera como un revulsivo que se dirige a la conciencia de los españoles en términos políticos; o más bien, en términos teológico-políticos, desde el momento que entra en acción la oratoria sagrada de los apóstoles de la movilización popular y de la guerra santa contra los revolucionarios, ateos y regicidas. Una legión de politizados misioneros propagará la cosmovisión reaccionaria, dejando por doquier un sello de religiosidad fanatizada: bastará evocar al respecto las andanzas del afamado predicador capuchino

³ Por referirnos sólo a especialistas en la época aquí considerada, recordaremos entre otros autores destacados a los G. Desdevises du Désert, A. Morel-Fatio, Geoffroy de Grandmaison, A. Fugier, R. Herr, J. Sarrailh, H. Juretschke, P.-J. Guinard, J. Soubeyroux, M. Defourneaux, N. Glendinning, G. H. Lovett, Ph. Loupès, G. y P. Demerson, A. Dérozier, R. Andioc, P. Vilar, François Lopez, L. Domergue, L. Dupuis, J. Saugnieux, Ph. Deacon, C. Morange, G. Dufour...

Fray Diego de Cádiz y su panfleto de más expresivo título: *El soldado católico en guerra de religión*. En rigor se trata de la primera guerra en la España contemporánea —y no iba a ser precisamente la última— que se plantea por parte de los tradicionalistas como una cruzada contra los impíos, enemigos del Trono y el Altar.

Otra gran novedad del estudio de Aymes es su adopción del doble punto de vista francés y español, «por la sencilla razón —con visos de perogrullada— de que una guerra es, por su naturaleza, un enfrentamiento y una serie de réplicas inspiradas por las iniciativas del adversario». Al situar su observatorio alternativamente a uno y otro lado de los Pirineos, es posible captar la asimetría de una guerra que, en España, focaliza la atención de todos y a nadie deja indiferente, enardeciendo a la vez a los grupos privilegiados y a las plebe, mientras que en Francia ve su importancia muy disminuida, al coincidir las campañas pirenaicas con la rebelión de la Vendée y los combates contra la coalición austro-prusiana en el frente nororiental.

Por otra parte, al dedicar un amplio apartado a los aspectos regionales, Aymes ha logrado ofrecer una visión conjunta y globalizada, superadora de la desconexión que ha venido caracterizando tanto a los estudios centrados en el frente catalán como en el frente vasco-navarro. Ambas regiones, a uno y otro extremo de la raya pirenaica, sufrieron principalmente, como se sabe, las consecuencias directas de la guerra. En Cataluña la llamada *Guerra Gran* ha sido objeto de varios trabajos historiográficos, desde los clásicos estudios de Miquel dels Sants Oliver y Angel Osorio y Gallardo, hasta los más recientes de E. Vigo, Ll. Roura i Aulinas o Josefina Ruiz. Sobre los pasos de estos autores, Aymes confirma que, pese a los intentos presentistas de algunos por buscar cinco pies al gato, el reforzamiento del catalanismo y del españolismo —como sucederá años después durante la *Guerra del francés*— en general van de la mano en el Principado en esa difícil coyuntura, aunque naturalmente no falten ni los intentos de los franceses por excitar los sentimientos particularistas ni las quejas de determinados sectores contra el poder central.

Respecto al País Vasco el interés por la guerra contra la República francesa viene de atrás (el libro clásico de Lasala y Collado es de fines del XIX) y suele centrarse en el manoseado caso de la entrega voluntaria de San Sebastián y la defección de los junteros de Guetaria. Desde los primeros escritos justificatorios publicados en Madrid, Bilbao y San Sebastián poco después de los hechos hasta los trabajos acerca de la influencia de la Revolución francesa en el País Vasco de Goñi Galarraga, Tellechea Idígoras, Otazu, Mutiloa Poza, Pilar Feijoo, A. Elorza, L. Domergue, José M^a Portillo o el propio autor de estas líneas, es mucha la tinta que ha corrido. Señalaremos dos errores de partida que conviene evitar para no dar lugar a desenfoques: el primero consiste en plantear estos sucesos aisladamente, sin comparar con otras situaciones similares del entorno español (Cataluña) y europeo (guerras fronterizas y anexiones territoriales de la República gala). El segundo reside en considerar la cuestión en términos de País Vasco como globalidad supuestamente uniforme, cuando es evidente que el comportamiento político varía no ya de una a otra provincia —máxime si se tiene en cuenta la desunión y falta de solidaridad entre ellas, puestas de manifiesto descarnadamente durante las hostilidades—, sino de una a otra localidad o comarca (además de las diferentes

actitudes colectivas por capas y grupos sociales); es significativo que Aymes dedique un solo capítulo a Cataluña y cuatro al País vasco-navarro —uno para cada una de las provincias vascas, más el correspondiente al viejo reino—. Lo cierto es que a raíz de estos acontecimientos los territorios forales pasarán sin transición de ser considerados muy afectos y leales a la Monarquía a ser sospechosos de traición, poniéndose abiertamente en duda su patriotismo. Las acusaciones de infidencia, junto a la falta de capacidad para su autodefensa y la manifiesta falta de apoyo mutuo entre los territorios aforados en tan difícil trance tendrán, como es bien sabido, consecuencias graves de cara a la continuidad del entramado jurídico foral, que pasará a ser seriamente cuestionado, al punto que cabe ver en esta guerra el momento álgido en que comienza la crisis política de los regímenes forales.

Dentro de los aspectos regionales merece asimismo destacarse una faceta de la cuestión menos conocida entre nosotros. Me refiero a la actitud ante el conflicto de las gentes del *Midi* de la República francesa. Tanto en los Pirineos orientales (*Rousillon*) como en los occidentales (*Pays Basque*) la población allí residente es acusada reiterada y generalizadamente de traidora y antirrevolucionaria. Aunque, como sugiere Aymes, las acusaciones con toda probabilidad fueran exageradas, de creer a los representantes del pueblo en misión, la mayoría de los vascos y catalanes norpirenaicos eran hispanófilos empedernidos. En especial los primeros, movidos por su fanatismo religioso y monárquico, estarían en masa «vendidos a los españoles»: localidades como Sare, Itxasou, Espelette, Ascain, Cambo, Ustaritz, incluso Bayona, son calificadas de pueblos y ciudades infames, corrompidas por el clero. Exageraciones aparte, lo que sí parece probado es la escasísima resistencia de las poblaciones vascofrancesas y de los catalanes del Rosellón al avance de los invasores peninsulares, a los que en muchos casos miran más como amigos que como enemigos. Incluso parece haber existido un complot de algunos oficiales, finalmente abortado, «para entregar la ciudad de Perpiñán a los españoles con la complicidad de sus habitantes» (pág. 406). Es el contrapunto al afrancesamiento de parte de la burguesía donostiarra y a la entrega de San Sebastián al general Moncey, contrapunto escenificado a título anecdótico en el sometimiento voluntario al rey de España del valle de los Aldudes (Baja Navarra) y de Saint-Laurent-de-Cerdans (Rosellón).

Puede colegirse de lo que va dicho que para Aymes esta guerra es mucho más que un asunto conflictivo de las políticas exteriores española y francesa. De la complejidad del fenómeno da fé la diversidad de aspectos y de niveles sociales a los que atiende. El resultado ofrece esa finura en el análisis y esa riqueza de matices que sólo pueden esperarse tras un concienzudo trabajo de investigación; por ejemplo, a diferencia de los habituales aguarfuertes carentes de tonalidades que nos presentan a la población apoyando o rechazando en bloque las posiciones oficiales (fervor revolucionario *versus* exaltación patriótica), Aymes recupera los tonos grises: ni la opinión pública francesa apoyó de forma unánime la guerra contra España, ni la opinión española cerró filas como un solo hombre frente a Francia. De un lado, «los españoles disponían al norte de los Pirineos de más amigos de lo que hubiera cabido esperar» (pág. 398), detectándose focos de hispanofilia muy significativos; de otro, se desvela un abanico de posiciones de una amplitud insospechada, en el que influyen muchas variables (situación económi-

ca, modalidades de alistamiento, papel del clero, prejuicios con respecto a los franceses, distancia geográfica respecto al teatro de operaciones de la guerra, opiniones respecto a la marcha de la política interior española...) que se traducen en una gran dispersión de situaciones locales y regionales. Pero, por encima de esa variedad de circunstancias, el autor no ha renunciado a emitir un ponderado dictamen de conjunto: «insistir en que en España hubo más descontentos y malos patriotas de lo que se pensaba (y de lo que pretendió la historiografía tradicionalista y patrioter) no significa querer invertir la jerarquía y complacerse en una paradoja iconoclasta. Ha de quedar claro y es incontrovertible que, a pesar del miedo a la subversión enfatizado por Godoy, por la Iglesia y por los defensores del Antiguo Régimen, la opinión pública española nunca pareció estar próxima a colocarse masivamente al lado de los franceses, lo que no obsta para que se pueda afirmar que, al mismo tiempo, los signos de cansancio, despecho y cólera se hicieran cada vez más numerosos, patentes o violentos, conforme se iba deteriorando la situación militar» (pág. 457).

Merece la pena subrayar que la profusión de matices a que acabamos de aludir puede ya percibirse en pequeños ámbitos territoriales, atendiendo a los distintos sectores sociales. Sólo en Guipúzcoa el cuadro que se ofrece es de una gran complejidad, percibiéndose «todo tipo de situaciones límite, desde el más completo colaboracionismo a la resistencia feroz, pasando por las posturas expectantes o el doble juego». Pero, incluso en esa provincia, «sin duda, desde un punto de vista cuantitativo, la resistencia tuvo más fuerza que el colaboracionismo» (pág. 315). También en cuanto a las consecuencias económicas se observan contrastes internos muy marcados entre territorios relativamente próximos: «la Ribera navarra, por ejemplo, pudo enriquecerse gracias a la guerra, mientras que (...) la Montaña (...) sufrió sensibles perjuicios» (pág. 484).

Siempre atento a la vertiente cultural de la historia política, el profesor Ayres dedica un capítulo —en el apartado dedicado a la opinión pública— a pasar revista exhaustivamente a toda clase de medios empleados en la propaganda, así como a la expresión artística y literaria de la guerra: proclamas y exhortaciones, sermones, novelas y relatos históricos, mapas, grabados y caricaturas, música, poesía, teatro... lo que le permite efectuar una serie de sugerentes observaciones acerca de asuntos colaterales de interés para el historiador del pensamiento y la cultura: novedades introducidas en el léxico político español a raíz del contacto con la Revolución, importante mutación de la poesía como género y forma de expresión, etc.

El libro se cierra con dos útiles instrumentos que el estudioso siempre agradece: una cronología que recoge los hitos fundamentales del período 1792-1795 tanto en lo que respecta a la política francesa como a la española, y una bibliografía ordenada por temas. Lástima que no se haya incluido un índice toponímico y onomástico, que facilitaría el acceso al dato concreto y la consulta rápida en una obra bastante voluminosa en la que se menciona un número muy elevado de lugares y entran en juego multitud de personajes.